

MANUEL PADORNO, *Hacia otra realidad*, Barcelona: Tusquets, 2000.

«Me asomo para ver» no es sólo el verso inaugural de un poema de Manuel Padorno. En él, como en tantas otras de sus variaciones, la *visión* se hace centro indiscutible de una poesía que deviene acción verdadera, salida, desposesión que deshace sueños, tiempos y espacios, un encuentro emocionado con la «mañana atlántica», con la brisa de salitre, con el aleteo blanco de sus aves de costa, con el arenal tantas veces senda de sus pasos, con la inmensidad siempre inquieta e incontenible del mar de olas. El ojo se entreabre, la mirada se despliega al par de lo visible y ambos, el ojo y el mundo, desde el recogimiento de la noche, quebrantan la sombra, rasgan el *velo de Isis*, nacen a la aurora. El poema es entonces manantial de luz, arco que tensa su flecha y apunta a la claridad, disponibilidad pura, entrega ciega de deslumbrante plenitud.

Si la poesía en Canarias —como apuntó Pérez Minik— ha servido a nuestros poetas como «reconocimiento vital», si la lírica, en su solo cuerpo, se ha prestado por igual a meditar, sentir o cantar, en Manuel Padorno todo paisaje exterior —aquello que bulle más allá de la ventana abierta, el cielo y el mar de un jubiloso y límpido amanecer insular— constituyen una personalísima ontología, una rutilante emanación de su propio mundo interior hecho verso. Es así como el poeta y la realidad se sitúan ante el advenimiento de su común arquitectura, la luz; ambos —el trabajo del verso y el proceloso resurgir del amanecer— están sujetos a un mismo rigor de construcción, y el poeta —obrero de la «fábrica de luz»— vigilará los exactos movimientos de su estricto itinerario, el de las palabras, el de las celestes transparencias; el poema y la aurora, afines una vez más, se hacen partícipes del impostergable renacer de cada mañana, abiertos al plácido transcurso de un «día originario»:

Siempre estoy comprobando, a cada paso
cómo funciona el cielo, cómo encajan
los azules según pasan las horas
hasta poner la tarde, que dé entrada
a la noche estrellada. Y cómo van

las nubes ocupando, como fichas,
los sitios asignados del paisaje.
Que todo cuadre, atento, minucioso
a las fases lunares, las mareas,
etapas que regulen a los vientos
terrestres y marinos, a las aves
descendidas siguiendo los calores.
Apostado, con la ventana abierta
cumpló con el trabajo encomendado:
el transcurso del día originario.

Algún día, tal vez, tal vez un día
corregiré tan fiel itinerario.

Son siete los poemas que conforman cada uno de los siete apartados de *Hacia otra realidad*, poemario inicialmente concebido en 1997 y corregido ahora para la edición de Tusquets. No resulta novedoso para los lectores de la ya tan dilatada e inconfundible obra de Manuel Padorno la «pura raza de agua» del poeta, pues se trata, en efecto, de la voz insular que con más hondo calado acompasa el ritmo de su verso a la ondulante vibración, al camaleónico manto de espumas y la salada aspereza de la fragancia del mar. La que cariñosamente denomina «campiña marina» es para su secreto jardinero, el propio poeta, un insólito jardín sin límites, todo un océano ante la isla, la mar exuberante y de sinuosas curvaturas que allá, en «el limpio», desobedece todo orden o concierto humanos. Es «La Campiña Atlántica» —a mi parecer el poemario mejor de *Hacia otra realidad*— el cántico exultante del «jardín délfico», de una conciencia que amanece con el puro goce de contemplar la rutilante belleza de un océano en incansante germinación. Y es que en plena «ebullición transformadora» del entorno, la voz del poeta se acrece removida por una emoción radical de asombro. Sus palabras, organizadas en tríadas adjetivo-sustantivo-adjetivo, aturdidas, maravilladas ante la florescencia de azul que tratan de nombrar, trastocan entre sí sus géneros y funciones, multiplican por sí solas la sensualidad del conjunto. Reverdecidos los campos marinos, las mareas adquieren cualidades vegetales y las olas, en su infatigable ir y venir, son impulsos espumosos de excitada fertilidad. La extensión toda es una copiosa cosecha azul que pre-

para, en su centro, la llegada de un nuevo ser: el «árbol de la luz».

Delante de mi casa hay un jardín
que va desde la playa al horizonte...
del que soy su secreto jardinero.

Enformo la hoja de agua verde. Ensavio.
Y la espuma a la flor. Que centellee.
Y enramo el oleaje con frutales.

Todas las ramas dan, con sus espumas
las más extrañas carnes vegetales,
las frutas diferentes más azules,

en donde predominan, deslumbrantes
las flores del salitre, las más blancas,
los almendros salinos invisibles.

Y allá fuera, en el limpio, se levantan
las aguas que germinan, jubilosas
el árbol de la luz, el árbol blanco.

Un jardín que cultivo, con esmero,
que conozco despacio, trabajado
sin que nadie se dé cuenta de nada.

Porque los que me ven pisar descalzo
las hierbas de la playa creen, ilusos,
que voy pisando, distraído, el agua.

Desposado este elemento masculino vegetal con el femenino del agua, emerge el arquetípico *árbol filosófico* o *árbol de la vida* y se funde

con el mito del *axis mundi*. Llegados, pues, al éxtasis de la contemplación se produce la inversión, la *rotatio* de los elementos: vista, sabor y olor se trastornan, y es tal la intensidad del instante, tanta la embriaguez de luz, que al respirarse la brisa el poeta alcanza a lamerla, a paladearla con la nariz, al tiempo que las aves, todas blancas, anidan los árboles acuosos, y el paisaje, al fin, refulge cual llanura incandescente.

Hacia otra realidad es, ante todo, el *asombro de ver*, un salirse de sí, una aventura del descubrimiento que abre puertas, cuerpo, emoción y mente al afuera, al sucesivo nacerse y crearse del poeta, cíclico como la naturaleza misma, el «despertar» zambraniano, la re-creación. Manuel Padorno siente el *privilegio de ser* participando de la plenitud de algo intangible, inmerso en otra realidad infinitamente superior a él. Ya desde *Éxtasis* proponía al viajero «el desvío», el mundo fantasma —por su extrañeza— del otro lado, el de la infinita posibilidad, el «absoluto real» de Novalis, evidente y palpable por el mero hecho de nombrarse. Desviarse supone acceder a «un espacio distinto, inexplicable», con puentes tendidos sobre el vacío, con presencias todavía ausentes, una ciudad a punto de la epifanía a la que, sin certeza alguna, torpemente, la palabra del poeta se aproxima. Habrá de ser éste el territorio incierto de su poesía, la realidad inversa y transfigurada de su metáfora, el amoroso exorcismo de su palabra.

MARIANELA NAVARRO SANTOS
Universidad de La Laguna

